

VII Concurso de Relatos Eróticos

Título: *Puzle de poniente.*

---

1.-

Al verse por primera vez, la confianza se asentó en ellas sin motivo aparente.

Luego las alcanzó una complicidad sincera cuando descubrieron, sin palabras, lo que ya compartían; llevó un poco más el que empezaran a quererse, no mucho: lo que tardaron, apenas días, en empezarse a probar.

Pórtate bien, le dijo su madre a Clara la mañana que conoció a Alicia; recuerda que ya no eres una niña. Que no lo fuera no era impedimento para que siguiera tratándola como tal, por supuesto; tan cierto como que la única cría descerebrada allí era su madre. Se preguntó si su nuevo novio la querría por eso: si le gustarían las mujeres que se comportaban como crías descerebradas; quizás, aventuró, sólo le gustasen las consultoras.

Nunca había sabido muy bien qué describía el término “consultora”, pero había llegado a hacerse la idea, con el tiempo, de que la gente acudía a su madre para que les dijera qué hacer con su dinero. Su padre nunca había querido seguir sus consejos y desde luego, aquello era lo que siempre decía su madre, no tenía cabeza ninguna para los negocios; prueba de ello, le aseguraba siempre que la oportunidad aparecía, era la casa ilegal que un constructor amigo de “El Perdedor” había levantado —con su dinero, naturalmente—, a pocos metros del mar, semilla de una urbanización futura que nunca llegaría. Como en una broma tonta y mal preparada sólo otra casa a medio enlucir había acabado por rivalizar con la del padre de Clara a veinte pasos de distancia, en mitad de la nada, junto al Mediterráneo.

Cuando el todoterreno paró y Alicia vio por primera vez aquellas casas —la mañana que conoció a Clara—, le pareció que cuadraban con el paisaje lo mismo que piezas encajadas a la fuerza en un puzle; una armonía mal entendida, un dibujo insólito, un error de alguien demasiado terco y estúpido: no pertenecían a aquel lugar, pensó.

Por el oeste, tierra adentro, en medio de un desierto de matojos y piedras, sólo existía un camino de cabras y carteles que anunciaban casas que nunca se harían realidad.

---

Del otro lado, más allá de la media luna de arena encerrada por dos peñascos de roca negra, un mar con olor a salitre ronroneaba como un gato de espuma y algas.

El padre de Alicia señaló los paneles solares en el tejado nada más llegar; tienen agua corriente gracias a un pozo y electricidad gracias al sol, le explicó. Alicia no sabía que se podía sacar electricidad del sol; lo había oído en algún sitio, pero nunca le había dado la importancia que parecía darle su padre.

Su padre, sabía Alicia, a veces daba importancia a cosas que no solían tener ninguna.

Conoció a Clara y a su madre, quienes esperaban en la puerta, después de saber de los paneles; su padre tenía predilección por las rubias tontas, por lo que le extrañó que la mujer fuese pelirroja. Olió crema solar de melocotón cuando le robó dos besos de la mejilla y la estrechó en sus brazos; sé que no es gran cosa, se disculpó refiriéndose a la casa, pero nos permitirá divertirnos. ¿Sabes? Es una vivienda ilegal. En pocos meses vendrán a tirarla. ¿No es emocionante?

Alicia se sintió más intrigada por Clara que por su madre, su agua de pozo o su casa ilegal de paneles solares; aquella chica resultaba casi tan blanca como la cal de la fachada y estaba llena de pecas del mismo color que su pelo zanahoria; el lebeche le zarandeaba el vestido con flameos que a Alicia le recordaron sábanas; sábanas limpias y tendidas, con olor a lavanda, que se pegaban a sus delgadas piernas y a su cintura con bruscos golpes.

¿Quién vive en la otra casa?, preguntó cuando pudo dejar de mirarla; una pareja de alemanes, contestó la madre de Clara. Pronunció “alemanes”, pensó Alicia, con el mismo asco del que odia a las cucarachas y dice “cucarachas”; Alicia pasó por alto que la nueva novia de su padre sintiera asco por los alemanes; supuso que todo el mundo tenía derecho a sentir asco por algo.

Además, Clara, la niña pelirroja y blanca, tenía sus ojos azules clavados en ella.

---

2.-

El nuevo novio de su madre no sorprendió a Clara; resultó como el resto, como los otros, fotocopias con más o menos suerte de su padre “El Perdedor”. Moreno, alto, velludo; sin camiseta, el ajustado bañador estampado de huevos fritos le hacía algo de panza. Con el tiempo se mostró como aquel bañador: gracioso, distraído. No perdía una sola oportunidad para conseguir que ella riera y descubrió que le gustaba que lo hiciera; los primeros días los pasó sin dejar de reír, porque no hacía otra cosa sino bromas y más bromas.

Clara sabía que Alicia no la miraba como la miraba por envidia, por arrebatarse las bromas de su padre, sino porque le gustaba; lo supo con la misma seguridad tranquila que supo tirarían la casa ilegal de su padre al acabar el verano. Lo primero que sintió fue sorpresa porque no sabía que una chica le pudiese gustar a otra chica.

Lo siguiente que sintió fue curiosidad.

Porque, entre otras cosas, Alicia nunca se quitaba una camiseta larga, como un camisón, cuando se bañaba; decía que se quemaba con facilidad, pero Clara sabía que era porque se veía gorda y a nadie le gustaban las chicas gordas. Ni siquiera a las chicas gordas les gustan las chicas gordas, pensó; nunca vio a Alicia comer bollos y siempre se dejaba la mitad del plato en cada comida, lo que cabreaba a su padre.

Clara pensó que el padre de Alicia no entendía a Alicia, y le pareció muy injusto.

Era casi tan divertida como su padre, por ejemplo, pero él no parecía darse cuenta porque siempre le pisaba los chistes y nunca la dejaba terminar.

Sin saber por qué, a los pocos días, el padre de Alicia dejó de caerle tan bien.

3.-

Conseguían no hablar demasiado; cuando Clara necesitaba el cepillo esperaba a que Alicia acabara delante del espejo; cuando Alicia quería entrar al baño y sabía que Clara estaba dentro se dedicaba a esperar, paciente, sin llamar, a que saliera; cuando una se quedaba leyendo con la lámpara encendida, la otra aguardaba sin palabras a que apagara la luz; la que

---

se levantaba primero lo hacía sin ruido, y la que despertaba después arreglaba las camas; al bajar a la playa observaban juntas los gritos y las risas de sus padres al jugar con las palas; si entraban al agua, siempre despacio, salían juntas y esperaban, siempre esperaban, que la otra cogiese la toalla primero.

¡Vaya par de tontas!, decía su madre; ya veréis, añadía. Un día tendremos que subir al pueblo y entonces, ¿qué haréis?

4.-

Sus padres las dejaron solas la quinta mañana alegando que un papel sobre la casa les obligaba a ir al pueblo; además, ahora que vais a ser hermanas, dijo la madre de Clara en tono medio de broma, será mejor que habléis un poco y os conozcáis mejor. ¿A que no sabíais que tenéis la misma edad? Catorce, ¿no es casualidad?, comentó.

Seguro que os vais a llevar muy bien, vaticinó como despedida.

Lo de la edad no era cierto porque Alicia había nacido once meses antes que Clara y Clara lo sabía porque su madre era un desastre para las fechas y sólo se acordaba de que habían nacido en el mismo año. Fuera como fuese, las dejaron solas; cuando el todoterreno desapareció lentamente por el camino de cabras, un largo silencio las acompañó durante el resto del día.

Ven, le dijo Clara a Alicia al caer la tarde. Quiero enseñarte algo.

Alicia la siguió escaleras arriba, al terrado; el primer piso olía a fresco y a nuevo, a pintura recién puesta, a yeso sin secar, pero el terrado, arriba del todo, olía a mar y aire: una nube en mitad del cielo. Nada más llegar, Clara destapó el telescopio; era blanco, elegante, sobre un trípode de madera barnizada; lo apuntó a la otra casa. Mira, invitó. Alicia se acercó al visor; en él descubrió a los alemanes que había que nombrar como quien decía “cucarachas”.

Iban desnudos; el hombre, rubio, fornido, con la barriga más grande que Alicia jamás había visto, llevaba una larguísima lata de cerveza en la mano. A mi madre no le caen bien

---

porque siempre van desnudos, pero a mí me parecen divertidos, explicó Clara. Alicia se rió un poco. Sí que lo eran, contestó; el marido, o lo que fuera, tenía la piel muy roja por los hombros y su cosa, semioculta bajo los pliegues de grasa, parecía saltar alegremente a cada paso. La mujer apareció al poco. Era también gruesa, mayor, como él; con aquellas tetas caídas y aquellas caderas tan anchas a Alicia le resultó una visión desagradable. ¿Por qué paseaba desnuda? ¿No se daba cuenta de que alguien podía reírse de ella? Antes de poder decirlo en voz alta, la pareja se abrazó y empezó a bailar, a saltos, entre risas.

Clara tomó el telescopio y lo ajustó un poco porque Alicia había perdido a los alemanes entre salto y salto; tardó un poco en volver a encontrarlos.

Mira ahora, le dijo Clara sin ser capaz de esconder lo que había querido enseñar desde el principio.

Alicia los vio, tumbados sobre el suelo del patio interior de su casa a medio enlucir.

Nunca había visto hacer aquello fuera de la tele, por lo que le resultó chocante; no había sábanas que taparan nada, ni sombras oportunas que cubrieran los cuerpos; todo estaba demasiado claro, resultaba demasiado indiscreto, casi grotesco, ridículo, vergonzoso.

Él, sobre la espalda de ella, parecía intentar aplastarla por las caderas una y otra vez en una postura que le hizo pensar en leones. En un documental de la tele recordaba haber visto cómo lo hacían los leones en África y ellos, estaba segura, lo estaban haciendo igual. La alemana se reía y abría mucho la boca y Alicia pensó al verla que parecía muy feliz. Clara tomó el visor del telescopio. Me gusta mirarles cuando lo hacen, explicó; no hacen otra cosa excepto comer y bailar y me parece muy bonito. Alicia se extrañó al oírla; la imagen de la pareja de gordos sobre el suelo de su patio le había provocado sensaciones diversas, casi todas cercanas al asco o a la risa; de todo menos hermosura.

Es hermoso cuando alguien se quiere, dijo Clara, y puedes verlo.

Clara seguía a su lado en el telescopio, sin apartarse, en uno de sus vestidos blancos que parecía una sábana, que le cubría las pecas del cuerpo con olor a lavanda. Sólo que no

---

olía a lavanda ni a ropa limpia, sino a ella: al sudor de todo un día y al jabón de pastilla que la casa tenía en el baño de abajo; a pecas, a piel blanca y a pelo revuelto y rojo, a silencios y a cosas que no decía pero que sí pensaba. Al doblarse para volver a mirar por el telescopio, Alicia podía sentir el calor y el leve roce de aquel cuerpo proporcionado y esbelto que descubrió envidiaba; el viento clavaba la tela blanca a su busto y a su vientre redondeado, a sus piernas, como cuando se habían visto, días atrás, por primera vez.

Tengo calor, anunció Alicia al levantar el visor. Necesito un baño, añadió. Vamos a la playa, propuso Clara. Prefiero ducharme, se negó Alicia cuando salió del terrado, escaleras abajo, a toda velocidad.

Mientras Alicia se lavaba con el hilo de agua fría de pozo que la ducha era capaz de escupir, Clara la observaba de cerca, con curiosidad, escondida del otro lado del ventanuco; se estremecía, un hormigueo desde el ombligo, con cada brillo que la luz de la tarde sacaba de su redondo y generoso cuerpo, de su melena negra, de sus manos grandes.

Cuando Alicia la vio por el rabillo del ojo un primer pensamiento la alertó de que se estaba riendo de ella; cuando comprendió que no podía ser así decidió seguir bajo el agua un rato más, sintiendo, junto al frío y el olor a cal, la intrigante vergüenza que la llenaba cuando Clara la observaba.

5.-

Ya están otra vez, avisó Clara desde el visor.

Atardecía y ellas habían subido dos tumbonas al terrado, para tomar el sol; sus padres, de nuevo en el pueblo, por culpa de otro trámite imaginario.

Alicia se echó en la tumbona de Clara, a su lado, para curiosear a través de la nueva y disimulada posición del telescopio; la alemana reía y él estaba debajo, sentado en el borde de un sillón de mimbre que parecía firme y pesado; las carnes de los dos, rosadas, rubias, enrojecidas, subían y bajaban en graciosos vaivenes.

---

A pesar de estar de espaldas, observó Alicia, la alemana le buscaba la cara y se reía; se reía una y otra vez no burlona, sino alegre. ¿Qué la hacía tan feliz?, pensó.

No sabía que se pudiera hacer así, murmuró Clara entonces. Se puede hacer de muchas formas, respondió Alicia: mi padre tiene películas guarras y le he visto algunas. ¿Cómo es?, se interesó Clara; ¿crees que les duele? Cuando estás mojada no duele, respondió Alicia con la boca hinchada por palabras que sólo recordaba haber pensado; palabras sucias y divertidas cuando las decía delante de las pecas de Clara, a su lado, en su tumbona. Tiene que doler, repitió Clara; siempre que intento ponerme un tampón, duele.

A Alicia le invadió una arrogante valentía, osada, despreocupada; ella sabía más que Clara, porque había visto aquellas películas y Clara no y Clara era muy guapa y muy blanca, pero tenía once meses menos y no sabía tantas cosas como ella. Alicia se irguió y se sentó; ven, le dijo; se puso en el borde, como el alemán, y ayudó a Clara para que se sentara en sus muslos.

Torpe, aturdida por la petición, Clara se vio sentada sobre el regazo de Alicia; fue testigo de cómo le eran separados los muslos cuando Alicia separó los suyos, lentamente, piernas abiertas, como las tenían la alemana y el alemán; la pieza de abajo del bikini le apretó un poco al estirarse y una cálida e inesperada vergüenza le subió desde las ingles cuando una corriente de aire la refrescó ahí abajo.

Algo se abrió entonces, algo secreto, y dejó como sin cierre algo que sobre ella era incapaz de cerrar. El aire se le volvió pesado y mareante; sus manos vacilaron y acabaron por encontrar las de Alicia. Clara rió, un poco nerviosa; le costaba sostenerse, se disculpó.

Alicia notaba cómo la osadía se le transformaba en una caldeada incertidumbre; Clara olía a la crema de sol de su madre —se había echado casi todo el bote—, a sudor, a piel blanca tostada; le costaba pensar. El truco está en que se abren mucho, logró explicar con la lengua un poco como de trapo, torpe en las palabras que quería decir; así no duele cuando les entra.

---

Si estás con alguien que te gusta y te abres bien, completó a tragos de saliva que era incapaz de encontrar, no duele.

Clara se echó hacia atrás, silenciosa, y puso la cabeza sobre el hombro derecho de Alicia como había visto hacer a la alemana con el alemán. Debe ser bonito, susurró ojos cerrados, cuando te gusta alguien lo suficiente para que no te duela.

Cuando la madre de Clara abrió la puerta del terrado sin aviso, se separaron de un bote; aunque no pareció entender qué estaba sucediendo, se llevó el telescopio; lo que hagan nuestros vecinos no es cosa nuestra, sermoneó firme. Tomad, añadió con una sonrisa; el padre de Alicia os ha comprado esto en el pueblo. Dice que te gustan mucho los puzles, cielo. Alicia asintió. Los puzles le encantaban.

Casi tanto como estar con Clara. Como Clara.

6.-

Pero a pesar de que le encantaban no quiso ver nada; con los ojos cerrados hizo trizas el envoltorio y encajó la tapa bajo la caja para no ver el dibujo.

¿No quieres saber qué es?, se sorprendió Clara; Alicia negó con la cabeza. Es mejor cuando no sabes lo que estás montando; es mejor cuando vas descubriendo, pieza a pieza, de qué se trata.

Clara no entendía a Alicia; no estaba segura de haber hecho tantos puzles como ella, pero le seguía pareciendo mejor idea echarle un vistazo a la tapa para saber, para ver, qué estaban creando sobre aquel trozo de lisa madera de ocume. No necesitas verlo o comprenderlo para hacerlo, se empeñó Alicia; sólo sigues las reglas y aparece, poco a poco.

El cielo solía estar arriba y la tierra abajo; las primeras piezas eran las más fáciles porque sólo había que encontrar las de bordes rectos y colocarlas en fila, por color, para luego ir rellenando el interior del dibujo. Cuando tienes eso, siguió Alicia, viene lo más difícil porque, trozo a trozo, tienes que ir rellenándolo todo.

---

El puzle las absorbió, las atrapó. Durante tardes enteras, durante días y noches, pasaban horas frente al tablero escogiendo y probando, una tras otra, las piezas que creían podían caber en los huecos que iban apareciendo entre zonas de color. Algunas veces probaban y la suerte les sonreía; otras, convencidas de que la pieza encajaba, la dejaban ahí para luego descubrir por las malas uniones que una u otra se habían equivocado.

Cuando Alicia se rendía Clara se quedaba a su lado, mirándola, en espera de que volviera a coger otra pieza; cuando Clara cerraba los ojos y pegaba la mejilla a la mesa atrapando entre su pelo algún trozo de azul o amarillo, Alicia escondía el tablero bajo la cama y, con la nariz pegada a su melena roja y áspera, entre jabón de pastilla, sal y agua de pozo, se dormía deseando no tener que despertar.

7.-

Una noche los ruidos en la habitación de sus padres se hicieron demasiado evidentes como para ser ignorados; en otras ocasiones bajo la sábana de la cama de Alicia, absortas en lo que iba descubriéndose como un paisaje a la luz de la linterna, fingir que no escuchaban lo que sucedía había valido; aquella noche resultaba imposible: los golpes contra la pared eran demasiado violentos, demasiado sonoros; toda la casa parecía temblar, solidaria, y una u otra vez se repetían gemidos ocasionales y sordos que se perdían entre los pasillos blancos y las puertas de madera barata.

Vamos, dijo Clara al salir de la cama; quiero verlo.

Alicia nunca dijo que fuera una mala idea, ni siquiera cuando les vieron, a través de la rendija de la puerta, hacer lo que hacían los alemanes. Lo mismo pero diferente, comprendieron en silencio; existía en ellos algo violento, algo animal, algo que les hacía morderse y arañarse y apretarse y retorcerse. No se miran, pudo susurrar Clara a su oído, una lágrima resbalada por su pecosa mejilla derecha; no se ríen como ellos.

---

Alicia la sacó de allí antes de que sus padres se dieran cuenta; como un trozo de flan demasiado pálido que en la oscuridad le costaba permanecer de pie, la ayudó a meterse en la cama. Cortarán, sollozó Clara; ven, ordenó al tirar de su brazo sin más explicaciones.

Los golpes resonaban en la oscuridad, amortiguados, y sacaban nuevas lágrimas de Clara que Alicia no sabía cómo detener; la tapó con la sábana, se tapó ella, quedaron atrapadas en un mundo de linterna y blanco lejos de aquello animal y grotesco que no las dejaba en paz.

Bésame, pidió Clara cuando se dio la vuelta y de lado, ojos azules sobre la linterna, quedó frente a ella; le supo a sal y a miedo y sus labios, mordiscos de flan entre nata, resultaron jugosos y tímidos, torpes, abiertos.

8.-

La besaba y la besaba hasta que se cansaban sus bocas. Se saboreaban los labios y se respiraban por el pecho, y se olían y se tocaban, asustadas de que los ruidos cesaran y de que tuviesen que parar. Cuando lo hacían, cuando sus padres dejaban de aparearse, de devorarse, de retorcerse, Alicia regresaba a su cama y se acostaba, mareada, hervida. Avergonzada de lo que se le escapaba por los muslos apretaba fuerte las piernas y se dormía, trataba de hacerlo, con el pecho a cien por hora y la respiración caldeada, sulfurosa, escapándosele por los escocidos labios.

Una noche Clara no dejó que se fuera y en el silencio de la tregua que sus padres se daban guió sus manos bajo el camisón para que se lo subiera hasta el cuello.

No se ríen ni se miran, recordó Clara, nerviosa; puso las manos de Alicia en su vientre, sobre sus pequeños pechos, se retorció, se estremeció, apretó los muslos, se trajo a ellos la mano grande y fría de Alicia. Van a cortar, le dijo, y tú y yo no nos veremos más.

Aquella noche se amaron, se miraron y se rieron; aprendieron gracias a juntarse, a unirse, por medio de atraparse, de desnudarse, de apretarse, de sentirse la una a la otra.

---

Fingían durante el día, construían el puzle por la tarde y después del mar y la cena cerraban la puerta de su cuarto para dejar al pie de la cama todo lo que les pudiera estorbar.

Clara rogaba para que Alicia le deslizase las manos por el vientre, abiertas, y bajara y bajara y le tocase donde era blanda, de chicle de fresa, de carne rosa y escondida, entre sus muslos, consiguiendo licuar todas las cosas hermosas que la hacía sentir.

Las manos de Clara eran torpes y pequeñas, así que Alicia se tomaba su muslo, lo metía entre los suyos, y cogidas de las manos para no separarse mecía sus caderas sobre él, se deslizaba; algunas veces Clara la acompañaba, de sus manos, de sus ojos, al lugar de calor y cansancio al que se iba con varios gemidos ahogados y rotos, silenciosos, tímidos; otras veces, intrigada y satisfecha, se conformaba con verla partir, entre escalofríos y temblores, sin ningún momento apartarla de su lado, de su muslo, en sus ojos, boca abierta en una sonrisa de aire que iba y venía.

Todas las noches, en una rutina nunca igual y nunca distinta, de sabor a sal y a boca, de olor a cuerpo y a mar, dormían abrazadas y sin nada, excepto el calor de sus cuerpos, que las atara al mundo real.

Y entonces se reían, en silencio, y se miraban.

9.-

Clara solía hablar poco; incluso delante de sus padres no se preocupaba demasiado por hacerlo y la mayor parte de las veces se conformaba con asentir o negar con la cabeza, lo que sólo conseguía que se ganara broncas y más broncas de su madre.

“Mi madre es estúpida”, era una de las cosas que siempre decía; se atrevió a mencionar una vez que su madre no hubiese podido reconocer el amor ni aunque le hubiese dado una patada en el coño y que por eso jamás las pillaría.

Al oír aquello Alicia se estuvo riendo un buen rato, pero acabó de hacerlo, preocupada, porque no pudo evitar pensar en que no sabía si estaba enamorada de Clara o no; sabía lo que era enamorarse porque lo había visto en la tele, pero en la tele sólo se veía a la

---

gente, no se veía lo que tenían por dentro, y ella no sabía muy bien qué era lo que tenía por dentro. ¿Tú sientes amor por mí?, le preguntó a Clara delante del puzle una tarde; había vuelto a hundir la nariz en su pelo rojo de mar y jabón de pastilla, se había vuelto a acercarse a su armonioso cuerpo cubierto por un vestido de sábana.

Alicia sabía que Clara a veces hablaba de forma extraña; que decía cosas que sólo ella entendía o que pensaba, en voz alta, ideas que sólo delante de ella parecía dispuesta a descubrir. Nunca imaginé que fuera así, contestó Clara con un susurro.

Alicia colocó otra pieza del puzle.

Siempre había esperado que le temblaran las manos por un chico; ahora que le temblaban por Clara, no quería que dejaran de temblar.

10.-

En la cala de arena y salitre el sol nunca se ponía como iba apareciendo, pieza a pieza, sobre la madera de ocumen. Aquella playa real, entendió Clara, miraba al este; y por el este el sol salía y no se ponía. Cuando se dio cuenta que desde allí nunca vería desaparecer el sol más allá del mar, creyó saber por qué Alicia hacía los puzles como los hacía; se lo dijo un atardecer entre silencios, sobre la arena, sus dedos enredándose en su pelo negro.

Ya sé por qué no querías ver el dibujo de la tapa, le dijo.

Sus padres se habían vuelto a ir, siempre lo hacían, y ellas deseaban que lo hicieran para poder abrazarse siempre que se les antojara, para besarse, para jugar a que se querían y a que no había nada más; para reír, para mirarse, para no decirse nada.

Alicia al principio no le había prestado demasiada atención; su cabeza en el regazo de Clara y el pelo en sus manos la habían dejado adormilada junto al mar. Preguntó “por qué” sin mucha convicción, esperando enterarse antes de que volviera a cerrar los ojos.

Somos como ese puzle, ¿verdad?, respondió Clara, sus pecas, su melena roja, sus manos pequeñas y torpes; tú y yo vamos encajándonos pieza a pieza, sin saber cómo será.

---

Alicia se calló; iba a decir que ya sabían cómo era, que se trataba de una puesta de sol en una playa, que sólo les quedaba la parte del centro, que ya faltaba poco porque cuando quedaban pocas piezas terminar era mucho más sencillo. Se calló porque estaba adormilada, tranquila; porque no quería estropear nada con palabras, porque Clara a veces decía cosas que sólo Clara parecía entender.

Un miedo terrible la hizo mirarla desde su regazo, sin embargo; una intuición, un mal rollo, un pensamiento que como un pez volvía a zambullirse en su mente después de haber dejado un fugaz rastro de burbujas.

Aun no lo hemos terminado, susurró Clara. Alicia, sin saber por qué, se sintió más tranquila.

11.-

Descubrieron al hijo de los alemanes una mañana, al otro lado de unos prismáticos negros; debía tener su misma edad, calcularon; las observaba desde su propio terrado, absorto, sin moverse. Nunca supieron si era realmente su hijo, ni su edad exacta, ni llegaron a saber su nombre, porque sólo le vieron aquella mañana a través del telescopio que debían volver a esconder en el desván antes de que regresaran sus padres; Alicia esperó que Clara dijera algo, aunque por dentro, algo grande y lleno de pinchos y con puños y con rayos, odiaba que las mirara tomar el sol.

Seguro que se está tocando, murmuró cuando Clara permaneció en silencio; te está mirando y se está tocando, precisó. Clara se rió; igual te está mirando a ti mientras se toca. A Alicia le pareció imposible, pero le gustó ver a Clara sonreír; desde hacía tiempo reía poco, demasiado preocupada por cosas que pensaba pero que no decía.

El puzzle, acabado sobre el ocumen, sólo era una bonita puesta de sol en el mar.

A lo mejor el chico había estado espiando todas las veces que habían subido a tomar el sol, se le ocurrió, como ellas habían hecho con los alemanes; quizás había estado allí todo aquel tiempo, pensaron, y no se habían dado cuenta.

---

A lo mejor, susurró Clara, él tampoco había visto nunca a dos personas quererse.

El tiempo que estuvieron besándose sobre la tumbona de Alicia, el tiempo que jugaron a darse calor, copas enrolladas en los sobacos, bikinis en los tobillos, entre cremas y risas, bajo el sol, el chico alemán lo aprovechó para subirse a su trozo de tejado para observarlas desde allí.

Inmóvil, las manos en los prismáticos, comprobó Alicia a traición, sólo espiaba.

12.-

Las máquinas vinieron a derribar las casas al día siguiente; no vieron a lo alemanes, ni a su hijo, ni a nadie del otro lado, donde ya habían convertido la fachada que daba al mar en escombros blanco y gris. Como un trofeo de caza un obrero polaco mostraba orgulloso dos de las placas solares que había conseguido en el reparto.

Sus cosas, en los todoterrenos, llevaban horas en el maletero. La excusa de la madre de Clara fue quedarse para comprobar que los del derribo no se quedaban con algo que no les pertenecía; sólo deseaba, creyó Clara, ver destruida una cosa que había hecho su padre. La excusa del padre de Alicia fue llevarse algunos paneles solares, como los obreros; cuando los hubo atado a la baca sólo dejó que se despidiera de Clara durante cinco minutos.

No lloraron entonces.

Alicia lo hizo en el asiento del copiloto, de camino a casa; Clara cuando, con un débil crujido, el descomunal *bulldozer* tiró la última pared blanca que quedaba en pie.

13.-

No había casas al verano siguiente, no había escombros, ni alemanes, ni carteles, ni paneles solares, ni puzzles; sólo el desierto, las algas, las conchas, el mar y ellas dos donde rompían las olas bajas, arena fina, a punto de volverse a encontrar.